

El verbo se hizo arte

Santos Urías

Sacerdote y colaborador en distintos proyectos musicales y creativos

Podría contarte mil historias. Historias de amigos y amigas que sangran, que lloran, que luchan, que se desgarran, que se alegran y comparten, que beben y pernocantan. Intentar describir los sentimientos: el peso de una lágrima, el sabor de la soledad. Incluso explicarte la impotencia que en muchas ocasiones me invade o ese gozo profundo que toca mi corazón.

Pero igual que un abrazo no necesita aclaraciones ni ensayos, existe un lenguaje para la expresión de todo aquello que se asoma al borde de las palabras y que se puede decir con la música, con la pintura, con una fotografía, con un gesto, con una imagen. A Dios no lo podemos encerrar, aunque lo intentemos, en una definición; nuestra fe por esencia, se derrama, nos supera, se traduce en templos, en sinfonías, en esculturas, en cuadros, en películas, en canciones, en arte. Así expresamos nuestra fe

y allí encontramos nuestra fe. Bien podríamos decir que en este año, que conmemora especialmente esa fe, hablar de Dios es ser capaces de interpretarle en todos los lenguajes, en aquellos que nos hacen sentir más seguros y en esos otros que mueven las entrañas y dejan aflorar esa fragilidad de ser barro en manos del alfarero, cuerdas afinadas para cantar un cántico nuevo.

El diccionario de Dios

Dios se comunica continuamente con el ser humano: la voz, las actitudes, los libros, los símbolos, la pintura, la sensibilidad, la necesidad, el dolor, los silencios, la poesía, el conocimiento, los ritos... Desde la A hasta la Z todo un vocabulario difícil de enumerar porque su amplitud es la amplitud del misterio. A lo largo de la historia de la Salvación lo sagrado irrumpe en los templos, en la be-

lleza, en la danza, en la música, pero también se muestra evidente en la debilidad, en la pobreza, en las limitaciones que nos señalan como una flecha en dirección a lo divino. Y todo eso se ha descrito con la poesía del Cantar de los Cantares, con la musicalidad de los Salmos, con las imágenes de Ezequiel, con la Palabra hecha carne: con Jesucristo. «En el vivimos, nos movemos y existimos», pero necesitamos cultivar nuestra sensibilidad, abrir los poros de nuestra piel para dejarnos tocar por su gracia. El arte es el lenguaje de lo «indecible», o mejor dicho de lo que sólo se puede decir con otra voz, esa voz que nos conecta con lo esencial.

Creados y creadores

«Y vio Dios que era bueno... que era muy bueno». La obra de la creación construye el mosaico de Dios. Cada pequeña tesela aporta el contenido y el colorido al conjunto. Siendo creados, siendo criaturas nos constituimos a su vez en creadores. Este dinamismo genera humildad. La experiencia silenciosa del barro modelado permite arrancar nuestra sensibilidad creadora para ponernos codo con codo con Dios. Cuando hablamos de ser instrumentos hablamos de esto. Podemos seguir

construyendo, añadiendo días al relato del Génesis. Cada día de nuestra vida puede ser un día de co-creación, para concluir: «y vio Dios que era bueno... que era muy bueno». En una sociedad occidental como la nuestra demasiadas veces sujeta a discursos intelectualizados, racionales, atada a la «cabeza», necesitamos volcar nuestras expresiones plásticas, dejar crecer la creación en nuestro interior, las aguas espumeantes, los mares, el sol, la noche, la vida en sus criaturas.

De la vulnerabilidad al lenguaje del corazón

Con todo lo dicho puedo hablar de una experiencia compartida que, de una u otra manera, nos ha llevado al mundo de la música, de la poesía, de la creación.

Desde hace ya varios años un amigo y yo estamos muy volcados en la tarea pastoral especialmente en cuestiones fronterizas de marginalidad. Situaciones con una gran implicación emocional que en muchas ocasiones remiten a tu propia fragilidad: falta de respuestas, impotencia, cuestionamientos profundos. En esas circunstancias comenzamos a quedar primero para compartir, para desahogar, para que «las cañerías no se atasquen».

El verbo se hizo arte

Una cena, un espacio cuasi eucarístico donde los ríos de carne y sangre venían con nombres propios y con cálices no siempre fáciles de digerir.

Luego y de manera bastante natural tomamos una guitarra, unos textos que sirvieron de catarsis, de expresión a cosas que difícilmente podríamos decir de otras formas. Nos ayudaba, nos ayuda, a conectar con ese espíritu que habla desde la belleza, desde los silencios, desde la poesía. Algo tan prosaico como la esclavitud de la droga, como vivir en la calle, como la cárcel, como sentirse discriminado por ser de otro país o ser explotada sexualmente, podemos acariciarlo con las manos del corazón, como ese Jesús que miraba, escuchaba, contemplaba, hablaba en parábolas, co-creaba la realidad y veía en cada ser humano ese potencial: «y vio Dios que era bueno... que era muy bueno».

La música, la escritura, se convirtió en un diccionario hasta ahora inexplorado que nos había desplazado de la vulnerabilidad, muchas veces vivida con angustia, a poder gustar internamente, incluso externamente, todos los caminos y las historias compartidas. Lo que racionalmente nos ahogaba, bebía ahora de las aguas de la salvación, de una mirada más

trascendente en ese lenguaje del corazón.

Diferentes lenguajes, diferentes escenarios

Cuando abres una puerta corre el aire, entran y salen personas, sentimientos, voces convergentes o distantes. Toda esta forma, novedosa para nosotros, de articular la fe, hizo llegar nuevos amigos: desde los que nos invitaron a tocar en espacios públicos, a los que nos enriquecieron con sus conocimientos y experiencias. Utilizar la música, los cuentos, la poesía, la fotografía para hablar de la cuaresma, o bien tocar en el campus de una universidad ante jóvenes de diferentes edades y sensibilidades. Sembrar la posibilidad del encuentro, llenar ese llamado «atrio de los gentiles» de voces y lenguas diversas que a través de la fuerza del espíritu se escuchan, se comprenden y dialogan.

Hemos conocido artistas cristianos llenos de vida, que nos han enseñado, ejemplo de gratuidad y de entrega. Y también hemos comido y bebido con artistas agnósticos o escépticos de los que también hemos aprendido y con los que hemos construido un itinerario precioso de respeto, crecimiento

to en la amistad y búsqueda permanente.

Estos nuevos lenguajes abren a nuevos escenarios. Ya no es sólo el templo, el altar donde celebramos la fe y la vida. Puede ser en un colegio, en un bar, en un salón de actos, en una sala de exposiciones, en una plaza o en un teatro donde se celebre la fe, donde se celebre la vida. Lugares de frontera, donde nos salimos de ciertos parámetros, de ciertos «roles». Donde el debate no está en lo que es más explícito o no es tan explícito, si no en lo que comunica una obra, lo que te hace sentir una canción, lo que provoca un cuadro o una fotografía. La fe no aparece como algo impuesto, sino como algo constitutivo. La belleza de las cosas, la verdad de las cosas, nos hablarán de Dios o nos llevarán a hablar de Dios.

Los terceros lugares

Desde hace ya unos años se acuñó una terminología que sirve para poner nombre a alguno de esos nuevos espacios de encuentro que es tan interesante potenciar o, en su caso, crear. Lugares que desde esta perspectiva del arte u otras perspectivas más de debate, de reflexión, o de ocio, sean cauce de comunicación y de enriquecimiento mutuo. Esos llamados «terceros lugares» pueden ser un instrumento privilegiado para que todos, pero especialmente los jóvenes, encuentren canales de expresión y quizás proponerlos en nuestras comunidades cristianas o fuera de ellas, ayude a iluminar nuevos itinerarios, a inventar nuevos lenguajes o, sencillamente, a reformular nuestra experiencia de fe de una forma más creativa. ■